

## El lugar de Dionisio Cañas

---

DIONISIO CAÑAS: *Lugar. Antología y nuevos poemas*. Selección, prólogo y epílogo de Manuel Juliá. Madrid: Ediciones Hiperión, 2010, 220 pp.

---

*Lugar. Antología y nuevos poemas* constituye una deslumbrante recopilación de la extensa producción poética de Dionisio Cañas. En el libro, publicado por Hiperión, se reúnen textos escritos en prosa poética y en verso durante los últimos treinta y tres años de la vida de este polifacético poeta, *performer* y ensayista. Tanto la cuidadosa selección como la excelente introducción y el epílogo, detallado y peripatético, están a cargo del poeta, y periodista, también manchego, Manuel Juliá.

En *Lugar*, la obra de Dionisio Cañas se divide en tres apartados. El primero, titulado «Ladrón de palabras», incluye poemas aparecidos en el arco de dos décadas: desde *El fin de las razas felices*, de 1987, hasta *Y empezó a no hablar*, de 2008. El segundo, titulado «Nuevos poemas», reúne una muestra de diez magníficos textos de 2009, que se mueven entre el humor y la tragedia. El tercero contiene poemas de su primer libro, *El olor cálido y acre de la orina*, publicado en 1977, e incorpora varios de *En lugar del amor*, de 1990. Según Manuel Juliá, «este conjunto de antiguos poemas [...] tiene un interés histórico, de búsqueda de raíces y aparición de esencias

poéticas todavía no totalmente desarrolladas» (p. 48). Resulta especialmente notable que los textos del joven Cañas se aglutinen al final de la colección.

El autor trabaja en su obra una amplia gama de temas. Aquí me detendré en tres de ellos: el lugar, que da título a la colección, el amor y el binomio vida-muerte. El primero, una constante en la obra de Cañas, remite al espacio primordial, al punto cero desde el que se vive y se produce la escritura. El poeta estuvo radicado muchas décadas entre dos espacios aparentemente antitéticos: Tomelloso y los campos manchegos que lo circundan, y la ciudad de Nueva York, donde escribió sus primeros libros y preparó sus primeras «performances». Esta oscilación espacial se refleja en la escritura: Nueva York, la casa, el lugar, constituye un *leit motiv* de la antología y también figura de forma prominente en «Homing» uno de sus videopoemas más impactantes, que, por razones obvias, el antólogo no incluye en la colección, pero al que se puede acceder en *youtube*. Y La Mancha constituye el trasfondo de muchos de los poemas más recientes, de tono meditativo y temática rural.

Manhattan irrumpe desde el primer poema del libro marcando un tono sobrio y añadiendo un *pathos* indiscutible: «He visto tanto amor, tanta mentira, tanto deseo, tanto asco. / He visto desaparecer la alegría de mi edificio. / He visto poner banderas en las calles de Manhattan. / He oído el rumor de las religiones sonar por todas partes. / He visto una humanidad en los vagones del metro y una multitud de gente esperando en los andenes con el suelo cubierto de chicles más sucios que mi propio corazón». El texto, construido sobre una impactante enumeración con ecos encantatorios, nos provee de la llave para adentrarnos en el complejo universo poético del autor. Se trata de la misma isla desde la que García Lorca escribió su *Poeta en Nueva York* y de una perspectiva análoga. Pero si García Lorca privilegiaba Harlem, con su rey, y el río Hudson, la geografía neoyorquina de Cañas se extiende a otros marginados e incluye zonas de la ciudad que en los años veinte no tenían tanta preeminencia en la urbe: «He olido el sudor de los vagabundos, la orina de los sin techo, / la podrida vida de los obreros en los escombros del Bronx» (p. 53).

Los marginados, vagabundos, desamparados, se llevan a un primer plano desde los versos iniciales del libro, donde el poeta se levanta como

testigo de un universo en descomposición: «He visto el vómito, la sangre, la miseria de los que escupen el dinero, / la falsa riqueza de los pobres, la vergüenza de los negros». Hacia el final del texto el hablante lírico comunica al lector su sensación de urgencia ya que dispone de poco tiempo para lo mucho que tiene que contar: «He visto mucho y he querido hablar de algunas personas que yo quise, / pero he visto demasiado y ya no hay tiempo para contar el dolor y el amor que he visto» (pp. 53-55).

En *Lugar*, Manhattan constituye sin duda alguna el *locus* del amor y también de la muerte y la destrucción, un espacio múltiple, cambiante, cuya fauna se relaciona de manera íntima con el poeta. En «Canción», la ciudad puede engañar al visitante, pero su esencia subterránea y decadente no se esconde ante los ojos del poeta, quien la vive y conoce desde dentro: «La ciudad se ha disfrazado de inocencia / y sin embargo yo sé / que por los túneles del subway / van las ratas / llevándose en la boca / un pedacito de mi corazón». (p. 96). Manhattan sigue presente como referencia para el autor pues, aunque ya no reside en ella, en «Encrucijada», escrito desde La Mancha, hace referencia al pasado anónimo en la urbe: «Yo que en Nueva York había aprendido a imitar la lentitud de los caracoles, su silencioso caminar a ninguna parte...» (p. 78).

Como se anuncia en «He visto tanto amor», los textos de *Lugar* se pueden hacer ardientemente personales, contener las coordenadas y los nombres y apellidos de los amigos. Entonces se hace evidente que no se trata de un Nueva York producto de visitas pasajeras o lecturas reiteradas. No es un Nueva York literario, sino uno vivido día a día y a conciencia. En el conmovedor «Zona Cero» leemos: «no es un recuerdo caído del cielo; / cemento negro, ceniza negra, fuego [...] es el amor como no me lo habían contado: / beso en blanco para poner tres nombres, / José Olivio soñando con su madre, / Pepe Hierro hablando con su sombra / y Patricia Gadea dibujando su esqueleto. / Esto es un lugar donde vivimos en Manhattan: / 215 West, calle 90, cuarto piso...» (p. 108). Y en esa zona cero, en ese lugar preciso, se aclara —como conclusión del texto— que «amar fue mucho más que una aventura pasajera» (p. 111).

El tema del amor aparece desde múltiples perspectivas en los poemas de la antología: puede ser el amor esencial, ubicado en el ámbito de los marginados como en «Vagabundos»: «Ahora que estás desnudo, ahora

que brilla tu cuerpo entre la niebla, ahora que el amor se encuentra en el corazón de una botella, ahora que eres hijo del alcohol [...] la vida es para ti tan cotidiana y tan ajena... unas cuantas monedas, los dispersos minutos de tu existencia... Hambre y amor hacen girar el mundo» (p. 63). También figura como amor-amistad en el magnífico poema dialógico «P.G.D.C.», donde la pintora y amiga Patricia Gadea, fallecida en 2006, intenta cobrar vida: «Ahora que estás en territorio de nadie, en esa manzana podrida de la felicidad interminable, a dos borracheras de tu muerte, tan lejos, tan cerca, tan ajena y tan presente, esperando la luz y la palabra, esa luz de la que hablábamos cuando íbamos por el camino de los almendros, me pides que te quiera, que te devuelva al mundo, que todo era una broma y que no volverás a hacerlo. Pero ya es muy tarde, Patricia Gadea, muy tarde para sacarte de tus cenizas...» (p. 116). Pero también puede aparecer de forma luminosa y lúdica. La enumeración hiperbólica de «Amar 300 veces no es mucho amar» es ejemplo de ello. El poema comienza: «300 pasos, he dado 300 pasos para llegar hasta aquí. / 300 correos electrónicos. 300 llamadas telefónicas, para llegar a este día, para llegar a este lugar / 300 corazones palpitando, 300 cerebros pensando [...]». Y termina: «Y aquí estoy, delante de ustedes, agradecido por haber nacido, dispuesto a darles 300 veces las gracias por haber venido a este libro. Amar 300 veces no es mucho amar» (pp. 120-121)

Por último, como se ha visto en los fragmentos citados, el tema de la muerte surge unas veces de forma oblicua y otras se impone tajante en los textos de *Lugar*. Aparece como tema central en «En otro lugar del tiempo (Nueva York, 11 de septiembre, 2001)», donde se describe la lenta caída de uno de los muchos cuerpos que quedaron atrapados en las Torres Gemelas: «Un hombre se lanza al vacío. / Su pasado ha dejado de existir. / Su presente es esta larga caída, / este sereno descenso hacia la muerte» (p. 100). Este texto reflexivo, sereno y a la vez desgarrador sirve de preludio a «Apocalipsis», escrito varias décadas antes, donde, como una premonición, ya figura el motivo de la caída: «Tumbas toda la tarde / cayeron tumbas nevaron tumbas / sobre Manhattan tumbas / sobre tu cuerpo tumbas / Sombra sembrada por las calles / Olor a lodo olor a orina / olor a sangre y sombra...» (p. 102). Pero la muerte no tiene que ser sólo dramática, trágica; también puede aparecer marcada por el humor,

pues, como señala al final del poema «Yo», ésta «sólo tiene un inconveniente: / que uno ya no puede follar con los otros esqueletos».

Frente al dominio de la finitud, la rutina diaria se puede levantar como tabla de salvación, como la quintaesencia de la vida en «La flor del humo». «Cuando no hay nadie por quien llorar, / cuando no se echa de menos nada, / cuando se mira hacia atrás y todo es niebla [...] es entonces cuando los límites concretos / de una piedra, los “buenos días” del campesino, / el olor de los melonares en flor, el polvo levantado / por el coche de un amigo que nos llega con noticias [...] el primer café, la primera copa, la tos de la mañana / empiezan a tener sabor a miel.» (p. 196). Ese sabor a miel salva como también puede salvar la escritura. En «Oda al rey de las gallinas» el poeta lo expresa con admirable ironía y lucidez: «Sólo quiero mirar el cielo por la mañana, vivir en mi gallinero, pasear por los caminos de tierra, observar la parsimonia de las gallinas cuando ponen su huevo [...] esperando sin ambición que algún día en el huevo de una gallina aparezca el digno heredero de mis bienes, el patriarca de la pobreza, el guía de los topos, el padre de los erizos, el ridículo señor de los poetas» (p. 126).

Se trata del poeta ridículo, sí, pero también del poeta visionario que vive y cuenta lo que ha visto. Es el artista chamán de Joseph Beuys, el demiurgo capaz de transmutar la realidad, humanizar las calles de Nueva York y hacer de La Mancha un nuevo Manhattan; pues como expresa en «Un esqueleto escribe sus memorias», a pesar de todo y todos, «escribir tiene un extraño sentido verdadero». Y leer una colección de textos como los que se recogen en *Lugar. Antología y nuevos poemas* de Dionisio Cañas nos lo puede ratificar.—MARITHELMA COSTA.